

AUTOBIOGRAFÍA

DE UNA MUJER EMANCIPADA



ALEXANDRA KOLLENTAI

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 203

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia

1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARKISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina. Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawn - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO – EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja – Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter – Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guerin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO – LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkov – Kosik - Adorno – Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917-1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld – Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS – CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPIA

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

AUTOBIOGRAFÍA DE UNA COMUNISTA SEXUALMENTE EMANCIPADA

Alexandra Kollontay¹

*

TÍTULO ORIGINAL: *Autobiographie einer sexuell emanzierten Kommunistin*

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN: Elena Herrero y Juan del Solar

*

ÍNDICE

- VALOR Y FINALIDAD DE MI VIDA
- LOS AÑOS DE LA EMIGRACIÓN POLÍTICA
- LOS AÑOS DE LA REVOLUCIÓN
- LOS AÑOS DE TRABAJO DIPLOMÁTICO

A handwritten signature in black ink, reading "A Kollontay." The signature is written in a cursive, flowing style with a prominent flourish at the end.

¹ Kollontay escribió su *Autobiografía* en 1926. Esta es la traducción del texto de la redacción original. (N. Ed.)

VALOR Y FINALIDAD DE MI VIDA

No puede haber nada más difícil que escribir una autobiografía. ¿Qué aspectos es preciso destacar? ¿Cuáles poseen interés general? Sobre todo es recomendable escribir sinceramente y no fingir ninguna modestia convencional. Cuando una ha sido invitada a relatar hechos de su propia vida para que lo ya logrado resulte útil a la colectividad, tal medida sólo puede significar que ya se ha realizado algo positivo en la vida, una labor que ha sido reconocida por los hombres. Es, pues, lícito olvidar que se está hablando de una misma y tratar de tomar distancia frente al propio Yo, a fin de informar del modo más objetivo posible, sobre el propio proceso evolutivo y los logros alcanzados. Tal es la tarea que ahora intento llevar a cabo. Que lo logre o no, es otra cuestión.

De todos modos debo confesar que, en cierto sentido, esta autobiografía representa un problema para mí y que, echando una mirada retrospectiva y escudriñando el futuro con cierta curiosidad, habré de representarme a mí misma los virajes más importantes de mi vida y de mi obra. Tal vez logre así poner de relieve todo aquello que, en primer término, tenga importancia para la lucha de liberación de la mujer y otros problemas sociales de interés general

Ya desde mi primera juventud era consciente de que bajo ningún aspecto podía organizar mi vida según el modelo estereotipado y que, a fin de poder determinar la verdadera orientación de mi vida, tenía que elevarme por sobre mí misma. Era asimismo consciente de que obrando de esta mane ra ayudaría a mis compañeras a organizar su vida no de acuerdo a las tradiciones preestablecidas, sino según su propio y libre criterio electivo. Sólo en la medida, claro está, en que lo permitan las circunstancias sociales y económicas. Aún creía que habría de venir un tiempo en que la mujer sería juzgada con las mismas medidas morales que el hombre. Pues no es su virtud específicamente femenina lo que le confiere un puesto de honor en la sociedad humana, sino el valor del trabajo útil que haya desempeñado, el valor de su personalidad como ser humano, como ciudadana como pensadora, como luchadora.

Subconscientemente, este motivo constituía la fuerza directriz de toda mi vida y obra. Seguir mi camino, trabajar, luchar, crear lado a lado con los hombres y aspirar a un objetivo universal humano (hace ya casi treinta años que me cuento en el número de los comunistas) construyendo al mismo tiempo mi vida personal e íntima como mujer, según mi propia voluntad y las leyes innatas de mi naturaleza: tales son los postulados que han condicionado mi ideario. Y lo he logrado: he organizado mi vida íntima de acuerdo con mis propios principios, sin disimular ya más mis vivencias amorosas como lo hace el hombre. Pero, sobre todo, no he dejado nunca que mis sentimientos, alegrías o penas amorosas, ocupen el primer puesto en mi vida, pues en el plano principal se hallaban siempre el trabajo, la actividad y la lucha. Logré convertirme en miembro de un Gabinete gubernamental, del primer Gabinete bolchevique en los años 1917/18, y soy la primera mujer que fue nombrada embajadora, desempeñó ese cargo durante tres años y se retiró del mismo por voluntad propia. Bien puede servir esto como prueba de que la mujer es perfectamente capaz de elevarse por sobre las ataduras convencionales de la época. La Guerra Mundial, el espíritu agitado y revolucionario que actualmente domina el mundo a todos los niveles, han contribuido en gran medida a despojar de su Posición privilegiada a la moral ambigua, doble moral, malsana y sobrecargada. Ya estamos acostumbrados a no plantearles demasiadas exigencias, en el campo de su vida conyugal por ejemplo, a las actrices y mujeres que ejercen procesiones liberales. Pero la diplomacia constituye una casta que, más que todas las otras, conserva sus antiguos usos, costumbres, tradiciones y, sobre todo, su estricto ceremonial. El que una mujer, una mujer "libre" e independiente fuera admitida entre sus miembros sin ninguna oposición, demuestra que ha llegado el tiempo en el que todos los seres humanos son uniformemente aquilatados según su capacidad de trabajo y su dignidad universal humana. Cuando fui nombrada embajadora rusa en Oslo, me di cuenta de que no sólo había conseguido una victoria para mí sino para las mujeres en general, y una victoria sobre su peor enemigo, es decir la moral convencional y las concepciones conservadoras del matrimonio.

Cuando en ocasiones me decían que era algo realmente extraordinario el que una mujer hubiera sido llamada a ocupar un puesto de tanta responsabilidad, pensaba yo siempre que, en última instancia, la victoria principal para la liberación de la mujer no radica en este hecho específico sino que posee una importancia totalmente distinta el que una mujer como yo, que ha saldado cuentas con la moral ambigua y no lo disimuló nunca, hubiera sido introducida en los círculos de una casta que, aún hoy, postula con especial énfasis la tradición y la moral hipócrita y falsa. Así pues, el ejemplo de mi vida puede servir para expulsar también el viejo fantasma de la doble moral de la vida de las otras mujeres, y es éste un punto importante de mi propio ser, que posee cierto valor de orden socio-fisiológico y colabora en algo a la lucha de liberación de las mujeres trabajadoras. Pero, a fin de evitar cualquier malentendido, debo decir aquí que aún estoy lejos de aquel tipo de mujer totalmente nueva, que asume sus experiencias femeninas de manera relativamente ligera y, casi diríamos, dichosamente superficial, cuyos sentimientos y energía anímica están dirigidos a todas las otras cosas de la vida, y no sólo a las sensaciones de tipo amoroso-sentimental.

Todavía pertenezco a la generación de mujeres que crecieron en el viraje crítico de la historia. El amor, con sus muchas desilusiones, con sus tragedias y eternas exigencias de dicha completa, aún desempeñó un papel muy importante en mi existencia. ¡Un papel muy, muy grande! Pues por él se consumieron, sin resultados y, en último término, sin valor alguno, mucho tiempo y energía preciosos. Nosotras, las mujeres de la generación pasada, aún no sabíamos ser libres. Era un derroche, realmente increíble, de nuestra energía espiritual y un menosprecio de nuestra fuerza de trabajo, que se diluía en vivencias sentimentales improductivas. Sin duda es verdad que nosotras, tanto yo como muchas otras camaradas activas, luchadoras y trabajadoras, supimos no concebir el amor como el objetivo principal de nuestras vidas y asignar al trabajo un puesto central en ellas. Sin embargo, ¡cuánto más hubiéramos podido hacer y alcanzar si toda nuestra energía no se hubiese dispersado en la eterna lucha con el propio Yo y con

los sentimientos frente a otra persona! En realidad, se trataba de una eterna lucha defensiva contra la intromisión del hombre en nuestro yo, una lucha que se resolvía en la disyuntiva: trabajo o matrimonio y amor. Nosotras, la generación antigua, aún no comprendíamos cómo hacen la mayoría de los hombres –y es algo que también aprenden hoy las mujeres jóvenes– para adaptar armoniosamente el trabajo y el deseo amoroso de modo que el trabajo siga siendo el objetivo principal de la existencia. Nuestro error consistía en que siempre creíamos haber hallado al único hombre en la persona del que amábamos, aquel con el que creemos poder fundir nuestra propia alma y que está dispuesto a reconocernos plenamente como energía espiritual-corporal. Pero las cosas siempre salían de otra manera, pues el hombre intentaba siempre imponernos su propio Yo y adaptarnos a él enteramente.

Y es así como surgió en todas la constante e inevitable insurrección interior; el amor se convirtió en una cadena. Nos sentíamos esclavizadas y tratábamos de aflojar los lazos del amor. Y tras la lucha, eternamente repetida, con el hombre amado, nos separábamos y corríamos al encuentro de la libertad. Una vez más volvíamos a sentirnos solas, infelices, apartadas, pero libres... libres para el trabajo querido y elegido...

La juventud, la última generación no tendrá ya que emprender, felizmente, nuestra lucha estéril y totalmente innecesaria para la comunidad humana. Sus fuerzas y su energía laboral serán ahorradas con miras a su productividad. De este modo, los impedimentos se convertirán en acicates.

Es indispensable que cuente algo sobre mi propia vida privada. Mi niñez fue, juzgada desde una perspectiva exterior, muy dichosa. Mis padres pertenecían a la antigua nobleza rusa. Yo era la única hija del segundo matrimonio de mi madre (mi madre era divorciada y yo nací ya fuera del segundo matrimonio, siendo luego adoptada). La menor, la más mimada y acariciada. Quizá por ello surgió en mí, a una edad muy temprana, un sentimiento de protesta contra todo lo que me rodeaba. Hacían demasiadas cosas para verme feliz y yo no tenía libertad de movimiento ni en mis juegos infantiles ni en mis deseos. Más al

mismo tiempo quería ser libre, quería desear por mí misma, ir formando yo misma mi pequeña vida. Mis padres eran personas adineradas. En casa no había lujos, pero nunca supe lo que significaba renunciar. Y sin embargo, veía cómo otros niños tenían que renunciar; a este respecto, los que más pena me daban eran los pequeños campesinos, por entonces mis compañeros de juego (vivíamos casi siempre en el campo, en la finca de mi abuelo, que era finlandés). Yo criticaba ya de pequeña la injusticia de los adultos, pareciéndome una contradicción evidente el que a mí me ofrecieran todo y a los otros niños les fuesen negadas tantas cosas. Mi crítica se fue agudizando con los años, y creció el sentimiento de protesta contra las diversas maneras de vivir que veía en torno mío. Tempranamente adquirí clara conciencia de las injusticias sociales que imperaban en Rusia.

Yo misma nunca fui enviada a la escuela, porque mis padres vivían constantemente preocupados por mi salud y no podían soportar la idea de que, como todos los demás niños, yo pasara algunas horas diarias alejada de casa. Tal vez mi madre sintiera también cierta aversión ante las influencias liberadoras con las que hubiera podido tomar contacto en el Colegio. Pues le parecía que mi capacidad crítica se hallaba ya bastante desarrollada. Fue así como mi educación transcurrió en la casa paterna bajo la dirección de una profesora inteligente y experimentada, que estaba vinculada a las capas revolucionarias de Rusia. Con ella, la señora María Strachova, tengo una deuda de gratitud inmensa.

Apenas cumplí dieciséis años (el año 1888), pasé mi examen de bachillerato y, a partir de entonces, hube de llevar la vida de "una joven dama de sociedad". Si bien mi educación se desarrolló de manera especial y generó en mí más de un defecto (durante años fui tímida y muy torpe en la vida práctica), es preciso decir también que mis padres no fueron en absoluto personas reaccionarias. Por el contrario. Para su época eran incluso progresistas. Pero frente al niño y a la joven conservaban sus rancias tradiciones.

Mi primera lucha enconada contra estas tradiciones empezó en el campo del matrimonio. Estaba llamada a ser un "buen partido" y mi madre tenía intenciones de casarme a edad temprana. Mi hermana mayor había contraído matrimonio a los diecinueve años con un encopetado caballero de casi setenta años. Yo me rebelé contra esta "unión por conveniencia" venal y racional, y sólo quería casarme por amor, movida "por una gran pasión". Contra la voluntad de mis padres, muy joven aún, elegí a mi primo, un ingeniero joven y sin medios cuyo apellido, Kollontay, todavía llevo hoy día. Mi apellido de soltera era Domontovitsch. La felicidad de mi matrimonio duró apenas tres años. Tuve un hijo. Pero aunque yo misma eduqué a mi hijo con gran empeño, la maternidad no fue nunca el punto central de mi existencia. Un hijo no logró hacer indisolubles los lazos de mi matrimonio. Yo seguía amando aún a mi esposo, pero la dichosa existencia de ama de casa y esposa se convirtió en una especie de "jaula". Mis simpatías, mis intereses se dirigían cada vez más al movimiento obrero revolucionario de Rusia. Leía mucho, estudiaba asiduamente todos los problemas sociales, asistía a conferencias y trabajaba en sociedades semilegales para la enseñanza popular. Eran los años del florecimiento del marxismo en Rusia (1893/96). Lenin no era por entonces más que un principiante en el campo literario y revolucionario. Yuri Plejanov era el espíritu dirigente de la época. La concepción materialista del mundo me resultaba familiar; desde mi primera juventud me sentí atraída por la escuela realista, era una entusiasta seguidora de Darwin y Boelsche. Una visita a la conocida fábrica textil de Krenholm, en la que trabajaban 12.000 obreros y obreras, decidió mi destino. No podía llevar una vida feliz y pacífica si el pueblo obrero era esclavizado en forma tan inhumana. Tenía que ingresar en dicho movimiento. Entonces surgieron diferencias con mi marido, quien interpretó mis inclinaciones como terquedad personal, como algo dirigido contra él. Abandoné a mi esposo e hijo y viajé a Zurich, a fin de estudiar Economía Política con el profesor Heinrich Herkner. Así comenzó mi vida consciente para los objetivos revolucionarios del movimiento obrero. Y cuando el año 1899 regresé a San Petersburgo –hoy Leningrado–, me afilié al partido social-demócrata de Rusia, por entonces en la ilegalidad.

Trabajé como escritora y propagandista. Una atracción muy especial ejercía sobre mí el destino de Finlandia, cuya independencia y relativa libertad se veían amenazadas por la política reaccionaria del régimen zarista a fines de los años noventa. Tal vez fueran las impresiones que durante mi niñez recibí en la finca de mi abuelo, las que me atraían de manera tan especial hacia Finlandia. Pasé a tomar parte activa en el movimiento de liberación del país. De este modo, mi primer gran trabajo científico en el área de la Economía Política fue una amplia investigación sobre la vida y condiciones de trabajo del proletariado finlandés en relación con la industria. Este libro apareció el año 1903 en San Petersburgo. Por la misma época murieron mis padres, mi esposo y yo vivíamos separados hacía tiempo y sólo mi hijo se quedó conmigo. Entonces tuve la posibilidad de consagrarme por entero a mi objetivo: el movimiento revolucionario de Rusia y el movimiento obrero de todo el mundo. Amor, matrimonio, familia: todos eran fenómenos subordinados y pasajeros. Estaban allí, y de hecho se han seguido infiltrando continuamente en mi vida; sin embargo, por grande que fuera el amor por mi esposo, en cuanto transgredía ciertas fronteras vinculadas con el espíritu de sacrificio femenino, el sentimiento de protesta volvía a estallar en mí. Tenía que irme, tenía que romper con el hombre de mi elección, de lo contrario (y era este un sentimiento inconsciente en mí) me hubiera expuesto al peligro de perder mi propio Yo. Asimismo es preciso decir que ninguno de los hombres que han estado a mi lado ha ejercido una influencia orientadora sobre mis inclinaciones, aspiraciones o concepción del mundo. Por el contrario, generalmente era yo la guía. Y mi concepción de la vida y mi línea política las formé a partir de la vida misma y de un trabajo ininterrumpido con los libros.

El año 1905, fecha en que estalló la llamada primera revolución en Rusia tras el funesto "Domingo sangriento", ya me había hecho un nombre en el campo de la literatura económica y social. Y en aquellos tiempos turbulentos, en los que todas las fuerzas fueron consumidas en aras de la rebelión, se puso de manifiesto que había alcanzado gran popularidad como oradora. Sin embargo, en esa época tomé por primera vez conciencia de

lo poco que nuestro partido se interesaba por el destino de las mujeres de la clase trabajadora y por la liberación de la mujer. Cierto que ya había en Rusia un movimiento femenino burgués bastante fuerte; pero mi concepción marxista del mundo me indicaba con absoluta claridad que la liberación de la mujer sólo podía ocurrir como resultado del triunfo de un orden social nuevo y un sistema económico distinto.

Así, pues, intervine abiertamente en la lucha entre las defensoras de los derechos de la mujer rusa, procurando con todas mis fuerzas que el movimiento obrero adoptara también los problemas de la mujer como uno de los objetivos de lucha de su Programa. Fue muy difícil ganar a mis colegas del Partido para esta idea. Me encontré totalmente aislada con mis ideas y pretensiones. No obstante, entre los años 1906 y 1908, logré convencer a un pequeño grupo de camaradas para mis planes. En 1906 escribí en la prensa ilegal un artículo en el que por primera vez planteaba la necesidad de organizar el movimiento obrero en Rusia mediante una labor partidista metódica. En el otoño de 1907 abrimos el primer *Club de Trabajadoras*. Muchas de las integrantes de este Club, obreras a la sazón muy jóvenes, ocupan hoy puestos de responsabilidad en la nueva Rusia y en el partido comunista ruso (K. Nikolaieva, Marie Burko. etc.). Mi actividad mancomunada con las trabajadoras, y en especial mis escritos políticos, uno de los cuales era un opúsculo sobre Finlandia y contenía una llamada a levantarse en armas contra la Duma zarista, suscitaron un proceso contra mi persona que me hubiera significado varios años de prisión. Tuve que desaparecer inmediatamente y nunca más volví a ver mi casa. Mi hijo fue acogido por unos buenos amigos y mis pequeños enseres fueron liquidados. Quedé "al margen de la ley". Fue una época de penosos trabajos y fatigas.

El primer Congreso de Mujeres de toda Rusia, que había sido convocado por las defensoras burguesas de los derechos femeninos, debía tener lugar en diciembre de 1908. La reacción había cobrado nuevas fuerzas por entonces y el movimiento obrero volvió a ser aplastado, tras la primera victoria, el año 1905. Muchos camaradas del partido fueron encarcelados, otros huyeron al extranjero.

Una vez más estalló la lucha candente entre las dos facciones del partido obrero ruso: los bolcheviques y los mencheviques. En el año 1908 pertenecía yo a los mencheviques, porque la postura de los bolcheviques frente a la Duma, un pseudo-parlamento convocado por el zar para calmar los espíritus insurrectos de la época, me obligaba a ello.

Con los mencheviques defendí la tesis de que incluso un pseudoparlamento debía ser utilizado como tribuna para nuestro partido y las elecciones de la Duma deberían emplearse como instrumento de unificación de la clase trabajadora. Sin embargo, difería de los mencheviques en lo tocante a la coordinación de las fuerzas trabajadoras con las liberales para acelerar el derrocamiento del absolutismo. En este punto pertenecía yo realmente a la izquierda radical y hasta fui calificada de "sindicalista" por mis camaradas de partido. Mi posición frente a la Duma me llevó, como es lógico, a considerar inútil el aprovechamiento del primer Congreso de mujeres burguesas para los fines de nuestro partido.

No obstante, procuré que aquellas de nuestras trabajadoras que debían participar en este Congreso, se presentasen como grupos separados e independientes. No sin resistencias logré llevar a cabo este proyecto. Mis camaradas de partido, nos inculparon, a mí y a mis correligionarias, de ser "feministas" y conceder excesiva importancia a nuestros asuntos de mujeres. En aquella época aún no sabían valorar en absoluto el extraordinario papel que les correspondía a las trabajadoras, a las mujeres económicamente independientes, en la lucha política. Sea como fuere, acabamos por imponer nuestra voluntad. Un grupo de trabajadoras se presentó en el Congreso de San Petersburgo con un programa propio y trazó una clara línea divisoria entre las defensoras de los derechos de la mujer burguesa y el movimiento de liberación de las mujeres de la clase trabajadora en Rusia. Sin embargo, yo tuve que huir antes de la clausura del Congreso, pues la policía había dado con mi pista. Logré cruzar la frontera y llegar a Alemania, iniciándose así, en diciembre de 1908 un nuevo período de mi vida: la emigración política.

LOS AÑOS DE LA EMIGRACIÓN POLÍTICA

Como refugiada política viví a partir de entonces en Europa y en Estados Unidos hasta la caída del zarismo, en el año 1917. En cuanto llegué a Alemania después de mi huida, me afilié al partido socialdemócrata alemán; en él tenía muchos amigos personales entre los que cuento, de manera especial, a Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Karl Kautsky. Clara Zetkin también influyó notablemente en mis gestiones para el establecimiento de los postulados fundamentales del movimiento de trabajadoras en Rusia.

En 1907 había participado ya como delegada de Rusia en la primera *Conferencia internacional de mujeres socialistas*, celebrada en Stuttgart. La sesión se llevó a cabo bajo la presidencia de Clara Zetkin y contribuyó muchísimo al desarrollo del movimiento de trabajadoras en el sentido del marxismo. Yo, como escritora especializada en asuntos sociales y políticos, me puse a disposición de la prensa del partido, aunque también como oradora fui sumamente solicitada por el partido alemán, y trabajé como propagandista del mismo desde el Palatinado hasta Sajonia, desde Bremen hasta la parte sur de Alemania. Sin embargo, no ocupé ningún cargo directivo ni en el partido ruso ni en el alemán. Mirándolo bien, yo era fundamentalmente una "oradora popular" y una escritora política de renombre.

En el partido ruso –y ahora puedo confesarlo abiertamente– me mantuve intencionalmente a cierta distancia de la dirección central, cosa que en gran parte se debe a que no estaba del todo conforme con la política de mis camaradas. Sin embargo, no quería o quizás no podía pasarme al campo bolchevique, ya que por entonces me pareció que no ponían suficiente empeño en el desarrollo del movimiento obrero "en amplitud y en profundidad". Por ello trabajaba por mi propia cuenta, casi podría parecer que en un segundo plano y sin aspirar a ningún cargo directivo. Creo conveniente añadir aquí que, si bien poseía cierta ambición como todo ser humano activo, nunca me he visto impulsada por el deseo de obtener "un puesto".

Siempre me ha parecido menos valioso “lo que soy” que “lo que puedo”, lo que estoy en condiciones de realizar. En este plano se desenvolvía también mi ambición, que se hacía notar especialmente allí donde luchaba con toda mi alma y todo mi corazón y era preciso contrarrestar la esclavización de las mujeres trabajadoras. Me había impuesto ante todo la tarea de ganar a las obreras en Rusia para la causa del socialismo y, al mismo tiempo, trabajar por la liberación de la mujer, por su igualdad de derechos. Poco antes de mi huida de Rusia apareció mi libro *El fundamento social del problema femenino*, una polémica con las defensoras de los derechos de la mujer burguesa, pero al mismo tiempo una exhortación al partido para que ayudase, a cristalizar el movimiento de trabajadoras en Rusia. El libro tuvo éxito. Por entonces escribía en la prensa legal y en la ilegal e intentaba, mediante el intercambio epistolar, influir en los camaradas del partido y sobre las propias trabajadoras, exigiéndole siempre al partido que interviniera a favor de la liberación de la mujer. Esta tarea no me resultaba siempre fácil: en mi camino surgían constantemente, como una traba, mucha resistencia pasiva, poca comprensión y un interés aún menor por este objetivo. Sólo en el año 1914, poco antes del estallido de la Guerra Mundial, empezaron ambas facciones— los mencheviques y los bolcheviques— a considerar el problema de manera seria y práctica, hecho que incidió en mí casi como un elogio personal. Dos revistas de obreras fueron fundadas en Rusia y se celebró el *Día Internacional de las trabajadoras* el 8 de marzo de 1914.

Pero yo seguía viviendo en el exilio y sólo podía colaborar desde lejos con el tan querido movimiento de obreras de mi patria. Incluso a distancia, guardaba estrecha vinculación con las trabajadoras de Rusia y ya unos años antes había sido designada representante oficial del sindicato textil y de costureras en la segunda conferencia internacional de las mujeres socialistas (1910) así como también en el Congreso socialista internacional extraordinario de Basilea, en 1912. Más tarde, cuando presentaron en el pseudoparlamento ruso (la Duma) un proyecto de ley sobre seguridad social, la fracción socialdemócrata de la Duma (el ala menchevique) me encargó elaborar

un proyecto de ley sobre protección de la maternidad. No era la primera vez que dicha fracción había utilizado mis servicios para efectuar un trabajo legislativo. Ya antes de partir a mi exilio forzoso fui consultada, en calidad de profesional, sobre el tratamiento que debía darse al problema de Finlandia en la Duma imperial.

La tarea que había recibido –estructurar un proyecto de ley en el campo de la protección a la maternidad– me indujo a estudiar a fondo este problema especial. La Liga para la protección de la maternidad y la extraordinaria labor de la doctora Helene Stockers me proporcionaron valiosos estímulos; sin embargo, estudié el problema también en Inglaterra, Francia y los países escandinavos. Como resultado de estas investigaciones apareció mi libro *Maternidad y Sociedad*, un amplio estudio de 600 páginas sobre la protección de la maternidad y las legislaciones pertinentes en Europa y Australia. Las disposiciones y reivindicaciones básicas en este campo, resumidas por mí al final de mi libro, fueron atendidas posteriormente, el año 1917, en la primera legislación sobre seguridad social promulgada por el Gobierno soviético.

Los años de la emigración política fueron para mí años agitados y llenos de actividad. Viajaba de país en país como oradora del partido. En 1911 participé en la huelga de las amas de casa, “la grève des menagères”, dirigida contra la carestía en París. En 1912 colaboré, en Bélgica, en la preparación de la huelga de los mineros de Borinage, y aquel mismo año, la Liga juvenil socialista de Suecia, de orientación izquierdista, me envió a reforzar las tendencias antimilitaristas del Partido.

Algunos años antes, –y esto es algo que conviene recuperar– combatí en las filas del British Socialist Party, al lado de Dora Montefiore y Frau Koeltsch, contra las sufragistas inglesas y por la consolidación del movimiento de trabajadoras obreras socialistas, a la sazón todavía joven. En 1913 me encontraba de nuevo en Inglaterra. Esta vez para tomar parte activa en las protestas contra el conocido “Proceso Beilis”, auspiciado en Rusia por los antisemitas, y en la primavera del mismo año, el ala izquierda de la Socialdemocracia suiza me invitó a trasladarme a Suiza.

Estos fueron, de hecho, años agitados en los que desarrollé las actividades más diversas. Sin embargo, mis camaradas de partido rusos utilizaron también mis servicios como delegada en los Congresos de los partidos y sindicatos socialistas. Fue así como, con la ayuda de Karl Liebknecht, organicé en Alemania una acción a favor de los miembros socialistas de la Duma que habían sido deportados. En el curso del año 1911 me llegó una invitación de la Escuela rusa del partido en Bologna, donde pronuncié una serie de conferencias. El actual Comisario del pueblo para la Instrucción Pública en la Rusia soviética, A. Lunatcharski, Maxim Gorki, así como el conocido filósofo y economista ruso A. Bogdanov, fueron los fundadores de esta Escuela del partido y, casi en la misma época que yo, Trotsky pronunció allí algunas conferencias. También el actual Ministro soviético de Asuntos Exteriores. G. Tschitscherin, que por entonces trabajaba como secretario de una Oficina de ayuda a refugiados políticos, me invitó repetidas veces a pronunciar conferencias sobre los problemas culturales más diversos de la vida rusa, a fin de aumentar así las exiguas existencias de la Caja de socorro. Por encargo suyo recorrí toda Europa, aunque establecí mi centro de operaciones en Berlín. Me sentía bien en Alemania y siempre he apreciado mucho las condiciones favorables que allí se dan para el trabajo científico. Pero no podía hablar en Prusia; por el contrario, había que guardar el máximo silencio posible para no ser expulsado por la policía prusiana.

Entonces estalló la Guerra Mundial y mi vida volvió a tomar un nuevo rumbo. Pero antes de hablar sobre este importante periodo de mi existencia espiritual, quisiera decir algunas palabras sobre mi vida personal. Cabe preguntarse si en medio de todas las tensiones y diversidad de los trabajos y tareas del partido aún podía yo encontrar tiempo para experiencias de tipo íntimo, para las penas y alegrías del amor. ¡Lamentablemente sí! Y digo lamentablemente porque estas experiencias conllevaban por lo general demasiadas preocupaciones, desilusiones y pesares, y porque en ellas se consumían inútilmente demasiadas energías. No obstante, el deseo de ser comprendida por un ser humano hasta el ángulo más profundo y secreto de la propia

alma, de ser reconocida por él como un ser humano con ambiciones, acababa por dar siempre la pauta. Y una vez más seguía, con excesiva celeridad, la desilusión, pues el amigo sólo veía en primer término lo femenino, que él intentaba convertir en dócil caja de resonancia de su propio yo. Tarde o temprano, pues, llegaba la hora en que, con dolor de mi corazón pero con una voluntad inquebrantable, tenía que deponer la cadena de la vida en común. Luego volvía a estar sola. Pero cuanto mayores exigencias me planteaba la vida, cuanto mayor era la responsabilidad en el trabajo, mayor se hacía también el deseo de sentir amor, calor y comprensión a mi alrededor. Y más fácilmente empezaba la vieja historia de la desilusión amorosa, la vieja historia de la Titania del "*Sueño de una noche de verano*". Cuando estalló la guerra me encontraba en Alemania. Mi hijo estaba conmigo. Ambos fuimos detenidos porque mis documentos no estaban en regla. Sin embargo, al efectuar el registro de la casa la policía encontró una orden del partido socialdemócrata ruso por la que me nombraba delegada al Congreso mundial de socialistas. En ese momento los señores de la Alexanderplatz adoptaron una actitud de extrema amabilidad: pensaron que una socialdemócrata no podía simpatizar con el zar y, por consiguiente, tampoco era enemiga de Alemania. Tenían razón. En efecto, yo no era enemiga de Alemania y menos aún una patriota rusa. La guerra me parecía una monstruosidad, una locura, un crimen y, obedeciendo más a mis impulsos que a mi raciocinio, no la reconocí desde el primer instante y hasta la actualidad nunca he logrado reconciliarme con ella. El fervor de los sentimientos patrióticos me ha sido siempre extraño y, por el contrario, sentía un constante rechazo por todo lo que fuera patriotismo acentuado. Entre mis propios camaradas de partido rusos, que también vivían en Alemania, no hallé comprensión alguna para mi postura "antipatriótica". Tan sólo Karl Liebknecht, su esposa, Sofía Liebknecht y otros pocos camaradas de partido alemanes sostenían mi mismo punto de vista y consideraban, como yo, que el deber de un socialista era combatir la guerra. De casualidad asistí el 4 de agosto a la votación del presupuesto de guerra en el *Reichstag*. La derrota del partido socialista alemán me pareció una calamidad sin paralelo.

Me sentía totalmente sola y no hallaba consuelo sino en la compañía de los Liebnecht.

Con la ayuda de algunos camaradas de partido alemanes logramos, yo y mi hijo, abandonar Alemania en el otoño de 1914 y trasladarnos a Escandinavia. No abandoné Alemania porque hubiera percibido algún signo de frialdad frente a mi persona, sino porque al carecer allí de un auténtico radio de acción, hubiera tenido que permanecer inactiva. Pero yo ardía en deseos de iniciar la lucha contra la guerra. Llegada al suelo neutral de Suecia, comencé inmediatamente mis actividades antibélicas y a favor de la solidaridad internacional de la clase trabajadora del mundo. Un llamado a las mujeres obreras siguió, ilegalmente, su curso hacia Rusia y muchos otros países. En Suecia escribí y pronuncié discursos contra la guerra. Hablé en manifestaciones públicas que, en su mayoría, habían sido convocadas por los mundialmente conocidos líderes suecos de izquierda Zeta Hoglund y Frederic Strön. En ellos encontré un eco perfecto a mis ideas y sentimientos y nos unimos en el trabajo mancomunado por el triunfo del internacionalismo contra la alienación bélica. Sólo más tarde supe qué postura habían adoptado las cabezas dirigentes del partido ruso frente a la guerra. Cuando por fin nos llegaron noticias a través de París y de Suiza vivimos un día de dicha inefable: tuvimos la certeza de que tanto Trotsky como Lenin, si bien pertenecían a diversas facciones del partido, se habían levantado en lucha contra el socialpatriotismo. Así no me sentía ya más "aislada". En el partido se procedió a una reagrupación: los internacionalistas y los "socialpatriotas". En París se fundó asimismo un periódico del partido. Sin embargo, en medio del ajetreo laboral fui detenida por las autoridades suecas y llevada a la prisión de Kungsholm. Y lo peor de esta detención era que me habían dado en custodia los documentos de identidad de un buen amigo y camarada de partido, Alexander Schliapnikov, que también había pasado de Rusia a Suecia ilegalmente. Bajo la mirada de los policías logré ocultar esos documentos bajo mi blusa y hacerlos desaparecer. De la prisión de Kungsholm fui deportada luego a la cárcel de Malmö y, más tarde, expulsada a Dinamarca. Hasta donde he podido saber, yo fui la primera

socialista de Europa en ser encarcelada por realizar propaganda antibélica. En Dinamarca proseguí mi trabajo, aunque con mucha mayor cautela. No obstante la policía danesa no me dejaba en paz. Los socialdemócratas daneses tampoco eran favorables a los internacionalistas. En febrero de 1915 me trasladé a Noruega, donde junto con Alexander Schliapnikov serví de enlace entre Suiza, lugar de residencia de Lenin y del Comité central y Rusia. Con los socialistas noruegos teníamos plenos contactos. El 8 de marzo del mismo año intenté organizar en Cristianía (hoy Oslo) una manifestación internacional de obreras contra la guerra, pero no acudieron las representantes de los países beligerantes.

Era la época en que se estaba gestando la ruptura decisiva en el seno de la Socialdemocracia, pues los socialistas de tendencia patriótica no podían hacer causa común con los internacionalistas. Y como los bolcheviques eran los que más consecuentemente combatían el socialpatriotismo, en junio de 1915 me afilié oficialmente a los bolcheviques y entablé una animada correspondencia con Lenin. (Las cartas que Lenin me dirigiera han aparecido recientemente en Rusia.)

Nuevamente empecé a escribir mucho, esta vez para la prensa de tendencia internacional de los países más distintos: Inglaterra, Noruega, Suecia, Estados Unidos y Rusia. Por entonces apareció también un opúsculo mantenido conscientemente por mí a un nivel muy popular. "*¿Quién se aprovecha de la guerra?*", que fue distribuido en innumerables ediciones, en millares de ejemplares, y traducido a diversos idiomas, el alemán entre ellos. Mientras durase la guerra, el problema de la liberación de la mujer tenía que pasar, lógicamente, a un segundo plano, pues mi única preocupación, mi máximo objetivo era combatir la guerra y convocar una nueva Internacional obrera. En el otoño de 1915, el Grupo alemán del partido socialista americano me invitó a viajar a los Estados Unidos para pronunciar conferencias en la línea de Zimmerwald (una liga de los socialistas de tendencia internacional). Yo estaba dispuesta a atravesar el océano inmediatamente para cumplir dicho objetivo, aunque mis amigos me aconsejaban que abandonase decididamente ese proyecto. Todos se hallaban preocupadísimos por mí,

pues la travesía se había tornado muy insegura debido a la guerra submarina. Pero la idea me atraía demasiado. Mi *tournee* propagandística en América duró cinco meses, durante los cuales visité ochenta y un ciudades de los Estados Unidos y pronuncié discursos en alemán, francés y ruso. El trabajo era terriblemente agotador, pero igualmente fructífero, y tuve la plena certeza de haber reforzado la ideología internacionalista en los partidos estadounidenses. También allí, al otro lado del océano, había mucha oposición y surgían acaloradas discusiones. Pero la policía no me importunaba. Los periódicos me tachaban alternativamente de espía del Kaiser alemán o de agente de la "Entente". En la primavera de 1916 regresé a Noruega. Amo a Noruega con sus incomparables fiordos y sus extraordinarias montañas, con su pueblo valiente, talentoso y trabajador. Por entonces vivía en el conocido Holmenkollen en las proximidades de Oslo y seguía trabajando por la cohesión las fuerzas de los internacionalistas y contra la Guerra Mundial. Yo compartía la opinión de Lenin, según la cual la guerra sólo podría ser vencida mediante la revolución, mediante la insurrección de los obreros. Yo me sentía muy unida a Lenin y tan cerca de él como muchos otros de sus correligionarios y amigos. Mi permanencia en Noruega tampoco fue larga, pues, a los pocos meses, ya tuve que emprender un segundo viaje a América, donde permanecí hasta poco antes del estallido de la revolución rusa. La situación en América había cambiado para mí, pues, en el ínterin, habían llegado acá muchos camaradas rusos, entre los que estaba también Trotsky. Se trabajaba afanosamente para la nueva Internacional de los trabajadores; pero, la intervención de América en la guerra hizo más difícil nuestro trabajo.

Cuando el pueblo ruso se levantó contra el absolutismo y derrocó al zar, yo me encontraba, desde hacía algunas semanas, en Noruega. Entre todos nuestros correligionarios reinaba un ambiente de fiesta. Sin embargo, yo no me hacía ilusiones porque sabía que el derrocamiento del zar sólo sería el comienzo de importantes acontecimientos y terribles luchas sociales y por esta razón me apresuré a volver a Rusia en marzo de 1917. Yo fui una de las primeras refugiadas políticas

que regresó a la patria liberada. Tenía que pasar por la frontera sueco-finlandesa, por la pequeña zona fronteriza de Tornö, situada al Norte, donde el invierno era aún muy crudo. Un trineo me transportó por el río que marcaba la frontera. En el sector ruso había un soldado en cuyo pecho ondeaba una especie de corbata de color rojo fosforescente:

- ¡Sus documentos, ciudadana!
- No los tengo, soy una refugiada política.
- ¿Su nombre?

Yo me identifiqué. Vino un joven oficial al que se había ido a buscar y que también llevaba en el pecho una corbata de color rojo fosforescente. Tenía una expresión sonriente. Naturalmente yo estaba en la lista de refugiados políticos que, por orden del Soviet de trabajadores y soldados, podían entrar libremente. El joven oficial me ayudó a bajar del trineo y me besó la mano casi con veneración. ¡Ya me encontraba en el suelo republicano de la Rusia liberada! ¿Era posible? Este fue uno de los momentos más felices de toda mi vida. Cuatro meses después, por orden del gobierno de Kerenski (gobierno provisional), el mismo joven y amable oficial me detendría como bolchevique peligrosa en la misma frontera de Tornö... Son ironías de la vida.

LOS AÑOS DE LA REVOLUCIÓN

¿Tan grande fue la abundancia de sucesivos acontecimientos para no saber hoy qué debo describir y qué debo subrayar, qué he deseado y qué he logrado? Pero, ¿bastaba entonces con la existencia de una voluntad puramente individual? ¿No era sólo la omnipotente tormenta de la Revolución, el deseo de la masa activa y ahora despierta lo que justificaba nuestro anhelo y nuestra acción? ¿Existía un solo hombre que se sintiera inclinado al deseo de lo universal? Sólo existían masas humanas. unidas por una voluntad dividida, que no tomaba partido ni en pro ni en contra del poder de los Soviets. Mirando atrás, sólo se recuerda un trabajo de masas, luchas y acción. A decir verdad no había ningún auténtico héroe o dirigente. Era el pueblo trabajador el que con uniforme de soldado, o de civil, dominaba la situación y el que grabó profundamente su voluntad en la

historia del país y de la humanidad. ¡Un verano sofocante, un verano decisivo para el movimiento revolucionario fue el del año 1917! Al principio, la revolución social sólo se desencadenó en el campo, y los campesinos incendiaron las casas de los nobles. En las grandes ciudades la lucha se desencadenó entre los representantes de la Rusia republicana burguesa y los anhelos socialistas de los bolcheviques.

Como dije antes, yo era bolchevique y así, desde el primer momento, me encontré con una enorme cantidad de trabajo que necesitaba de mi colaboración. Nuevamente había que trabajar por el poder de los Consejos Obreros, de los Soviets, contra la guerra y la unidad con la burguesía liberal. Como consecuencia de esto último los periódicos burgueses me calificaron de "bolchevique loca". Pero esto no me molestó en absoluto. Tenía un gran campo de acción por delante y mis partidarios, trabajadores fabriles y mujeres de soldados, se contaban por miles. En esos días, al mismo tiempo que era muy popular, sobre todo, como oradora era odiada y atacada cruelmente por la prensa burguesa, Pero, por suerte, estaba tan sobrecargada de trabajo que apenas encontraba tiempo para leer los ataques y las calumnias que se escribían contra mí. El odio contra mi persona creció de tal manera que se llegó a decir que yo estaba pagada por el Kaiser alemán para debilitar el frente ruso.

Por ese tiempo, una de las cuestiones más palpitantes era la carestía y la falta, cada vez mayor, de los productos de primera necesidad. Este estado de cosas se hacía insoportable para las mujeres de las clases pobres. No obstante, esa situación creaba en el Partido las condiciones favorables para el "trabajo con las mujeres", de forma que pronto estuvimos en condiciones de realizar una labor provechosa. En mayo de 1917, apareció un semanario llamado "*Las Trabajadoras*". Yo redacté para las mujeres una proclama en contra de la carestía y de la guerra. La primera concentración popular, de las muchas que se celebraron, tuvo lugar en Rusia bajo el gobierno provisional y fue organizada por nosotros, los bolcheviques. Kerenski y sus ministros no disimulaban su odio contra mí, la "Instigadora del espíritu del desorden" en el seno del ejército.

Pero lo que desencadenó una verdadera tormenta de indignación por parte de los denominados "círculos patrióticos" fue un artículo que publiqué en "*Pravda*", en el que defendía a los soldados alemanes. Cuando, en abril, Lenin pronunció su famoso discurso programático en el seno del Soviet, yo fui la única de sus camaradas que, con el objeto de apoyarle, tomó la palabra ¡Cuánto odio me gané con esta intervención! Con frecuencia tenía que saltar del tranvía antes de que la gente me reconociera, pues me había convertido en el tema de actualidad, y no pocas veces, fui testigo de las más increíbles injurias y mentiras contra mí. Quiero dar un pequeño ejemplo que demostrará de qué manera se actuaba entonces contra mi. Los periódicos, que observaban hacia mi una actitud hostil, escribieron sobre "los vestidos de la Kollontay", lo que, en particular, era objeto de risa porque mi maleta se había perdido cuando viajaba a Rusia y esto me obligaba a llevar siempre puesto mi único y gastado vestido. Incluso, existía una tonadilla callejera, en la que se aludía burlescamente a Lenin y a mi. No era poco frecuente que me viera amenazada por la muchedumbre irritada, y sólo la valerosa intervención de mis amigos y camaradas me protegió de lo peor. Como siempre, me preocupaba poco del odio de que era objeto, porque, como compensación, tenía un gran número de amigos entusiastas: marinos, trabajadores y soldados, que eran completamente solidarios conmigo. El número de nuestros partidarios crecía de día en día. En abril pasé a ser miembro del ejecutivo del Soviet, que era, de hecho, el órgano político dirigente en ese momento y al que, desde el principio y durante mucho tiempo, pertenecería como única mujer. En mayo de 1917 tomé parte activa en la huelga de trabajadoras de las lavanderías, que exigían la "colectivización" de todas las lavanderías. La lucha duró seis semanas. Sin embargo, la principal exigencia de las trabajadoras no fue atendida por el gobierno de Kerenski.

A finales de junio el Partido me delegó para asistir en Estocolmo a un consejo internacional, que se interrumpió al llegarnos las noticias del levantamiento en Petrogrado contra el gobierno provisional y de la represión que éste estaba llevando a cabo contra los bolcheviques. Muchos de nuestros camaradas

dirigentes ya estaban arrestados, otros, entre ellos Lenin, habían logrado escapar y esconderse. Los bolcheviques fueron acusados de alta traición y tachados de espías del Kaiser alemán. El levantamiento estaba paralizado y el gobierno de coalición embestía contra todos aquellos que mostraban simpatías hacia los bolcheviques. Yo decidí volver inmediatamente a Rusia, a pesar de que mis amigos y camaradas consideraban que era muy arriesgado. Querían que aguardara en Suecia el transcurso de los acontecimientos. Por buenas que fueran todas estas advertencias y por muy correctas que después me parecieran a mi también no podía aceptarlas: Tenía que volver. Me parecía una cobardía aprovecharme del privilegio de quedar totalmente libre de las persecuciones del gobierno provisional, cuando un gran número de mis correligionarios estaba en la cárcel. Más tarde, me di cuenta de que, quizá, hubiera podido ser más útil a nuestra causa desde Suecia, pero en aquellos momentos estaba influenciada por los acontecimientos. En la frontera de Tornö fui detenida por orden del gobierno de Kerenski y, acusada de espía, fui tratada brutalmente... La detención misma se hizo de una forma verdaderamente teatral: en el momento de la revisión de los pasaportes se me rogó ir a la Comandancia. Yo comprendí lo que significaba esto. En un gran recinto había un grupo de soldados apiñados y también un par de oficiales, uno de los cuales era el joven amable que, hacía cuatro meses, me había recibido muy afablemente. Un profundo silencio reinaba en la habitación. La expresión del primer oficial, el príncipe B., reflejaba un gran nerviosismo. Yo esperaba con calma los acontecimientos que vendrían.

– “Está usted detenida”, me dijo el príncipe B.

– ¿Ah, sí? ¿Ha triunfado la contrarrevolución? ¿Tenemos de nuevo una monarquía?

– “No”, fue su brusca respuesta. “Queda usted detenida por orden del gobierno provisional.”

– “Lo esperaba. Por favor, haga recoger mi bolso de viaje, no quiero que se pierda.”

– “Naturalmente que sí. Alférez, la maleta.”

Vi suspirar a los oficiales y a los soldados abandonar la habitación con gesto de descontento. Más tarde, llegué a saber que los soldados se habían opuesto a mi detención y que habían exigido estar presentes en el momento de efectuarse la misma. Pero los oficiales temían que yo me pudiera dirigir a los soldados con un discurso. "Entonces hubiéramos estado perdidos", me dijo después uno de aquéllos.

En la cárcel de Petrogrado, completamente aislada, tuve, como otros bolcheviques, que esperar el curso de la investigación. Sin embargo, mientras el gobierno actuaba contra los bolcheviques de la manera más inaudita, más crecía la influencia de éstos. El avance del general blanco, Kornilov, contra Petrogrado radicalizó a los elementos de la Revolución. El pueblo exigía la libertad de los bolcheviques. Kerenski no quería mi libertad y no fue sino por orden del Soviet que salí de la cárcel mediante el pago de una fianza. Sin embargo, ya al día siguiente, una orden de Kerenski me condenaba al arresto domiciliario. Obtuve mi completa libertad de movimiento un mes antes de la batalla decisiva, de la Revolución de Octubre de 1917. Otra vez el trabajo era inmenso. Ahora debían establecerse las bases para un movimiento planificado de las trabajadoras. La primera conferencia de trabajadoras debía ser convocada. Ésta se celebró.

Entonces yo era miembro del más alto órgano del Partido, del Comité Central, y voté a favor de la política del levantamiento armado. También pertenecía a diversas delegaciones del Partido en los Congresos decisivos y en las instituciones del Estado (el Preparlamento, el Congreso Democrático, etc.). Luego vinieron los días importantes de la Revolución de Octubre. El histórico Smolny. Las noches sin dormir y las continuas reuniones. Y finalmente la conmovedora proclama: "*Los Soviets toman el poder.*" "*Los Soviets dirigen un llamamiento a los pueblos del mundo para poner fin a la guerra.*" "*El campo queda socializado y bajo el poder de los campesinos.*"

El Gobierno de los Soviets fue constituido. Yo fui nombrada Comisaria del pueblo de previsión social. Era la única mujer en el Gabinete y la primera en la Historia que había llegado a ser aceptada como miembro de un Gobierno. Cuando se recuerdan los primeros meses del Gobierno de los Trabajadores, meses

que fueron tan ricos en hermosas ilusiones, en proyectos, en tan importantes iniciativas para mejorar la vida, para organizar de nuevo el mundo, entonces una preferiría escribir sobre todas las otras cosas y no sólo sobre sí misma. Ocupé el puesto de ministro de previsión social desde octubre de 1917 hasta marzo de 1918. Los funcionarios del Ministerio me recibieron con hostilidad. La mayor parte de ellos nos saboteaban abiertamente y no acudían al trabajo. Pero precisamente este Ministerio era, por su naturaleza, extraordinariamente complicado y no podía interrumpir su trabajo, ya que se ocupaba de prestar todo tipo de asistencia a los inválidos de guerra, lo que significaba tener que atender a cientos de miles de soldados y oficiales mutilados. También se ocupaba de la caja de pensiones, de los asilos de ancianos, de los orfanatos, de los hospitales para pobres, de los talleres para la fabricación de prótesis, de la administración de las fábricas de naipes (la fabricación de naipes era monopolio del Estado), de la enseñanza y de las clínicas de ginecología. Incluso un gran número de centros dedicados a la educación de chicas estaba bajo la dirección de este ministerio. Uno se puede imaginar fácilmente los enormes esfuerzos que estas tareas exigían de nuestro pequeño grupo, novato, además, en las funciones administrativas del Estado. Sabiendo perfectamente las dificultades que tal situación comportaba, formé rápidamente una comisión de ayuda, en la que, junto a los trabajadores y modestos funcionarios del Ministerio, estaban representados médicos, juristas y pedagogos. ¡Con qué abnegación y energía soportaban los modestos empleados el peso de esta difícil tarea, que no sólo consistía en llevar adelante el trabajo del Ministerio, sino también en hacer mejoras y reformas!

Otros elementos, con renovadas fuerzas, reemplazaron a los funcionarios saboteadores del antiguo régimen. En las salas del que antes fuera un Ministerio muy conservador, soplaban vientos llenos de vida. ¡Días de trabajo! Por las noches, aquellas reuniones del Consejo de los comisarios del pueblo bajo la presidencia de Lenin. O la habitación pequeña y modesta y sólo un secretario que anotaba las resoluciones que cambiaron tan profundamente la vida de Rusia. Lo primero que hice, una vez nombrada comisario del pueblo, fue pagar una

indemnización a un humilde campesino por la requisa de su caballo. A decir verdad, este asunto no era competencia de mi departamento, pero el hombre estaba resuelto a cobrar la indemnización por su caballo. Viajó a la capital desde un recóndito pueblo y llamó pacientemente a todas las puertas del Ministerio. ¡Pero siempre sin resultado! Por esta fecha estalló la revolución bolchevique. El hombre había oído que los bolcheviques defendían los intereses de los campesinos y trabajadores. Por consiguiente, se dirigió a Smolny a ver a Lenin, que tuvo que hacerse cargo de la indemnización. Yo no sé como se desarrolló la conversación entre aquel campesino y Lenin; pero el resultado fue que el hombre se dirigió a mí con una nota, procedente de la agenda de Lenin, en la que se me rogaba solucionar el asunto de alguna manera, ya que mi Comisaría del Pueblo era, en aquel momento, la que contaba con más medios económicos. Naturalmente aquel modesto campesino recibió su indemnización. Mi tarea principal como comisaria del pueblo consistía en lo siguiente: en mejorar, por medio de un decreto, la situación de los inválidos de guerra; en suprimir la enseñanza de la religión en los colegios de chicas que dependían del Ministerio (esto se realizó antes de la separación total entre la Iglesia y el Estado) y trasladar a los curas a actividades civiles; en implantar el derecho a que las alumnas se administraran por sí mismas en sus respectivos colegios; en transformar los antiguos orfanatos en residencias estatales para niños (No tenía que existir ninguna diferencia entre los niños huérfanos y los que aún tenían padre y madre); en crear los primeros alojamientos para pobres y niños vagabundos; y, sobre todo, en organizar un comité compuesto exclusivamente por médicos para elaborar un sistema de sanatorios gratuito para todo el país.

Pero el trabajo más importante de nuestra Comisaría del Pueblo fue, a mi modo de ver, la constitución legal de una central para la protección de la maternidad y del recién nacido. El correspondiente proyecto de ley fue firmado por mí en enero de 1918. Mediante un segundo decreto transformé todas las maternidades en residencias gratuitas para atender a la madre y al recién nacido creando, de esta manera, las bases para una protección

de la maternidad completamente estatal. El doctor Korolef me ayudó mucho en este trabajo. También proyectamos un "Palacio de protección de la maternidad", una residencia modelo, en la que debían impartirse cursos para madres y debían crearse, entre otras cosas, instalaciones modelo para el cuidado de los recién nacidos. Ya estábamos arreglando para este proyecto el edificio de un internado, en el que antes se educaban las chicas de la nobleza y que todavía estaba dirigido por una condesa, cuando el fuego destruyó nuestro trabajo apenas iniciado. ¿Fue provocado el incendio intencionada-mente?... Durante la noche me sacaron de la cama. Corrí al lugar del incendio; la hermosa sala de exposición estaba destruida y el resto de las habitaciones del edificio habían quedado inservibles. Únicamente en la puerta de entrada colgaba aún el gran letrero "Palacio de protección de la maternidad..."

Mis esfuerzos para socializar la protección de la maternidad y los recién nacidos fueron motivo de nuevos y disparatados ataques contra mí. Se contaron toda clase de mentiras sobre la "nacionalización de las mujeres", sobre mis proyectos de ley que prescribían a las niñas de 12 años convertirse en madres, etc. Las sectas del antiguo régimen se encolerizaron, sobre todo, cuando yo, por iniciativa propia (El Gabinete me censuró después a causa de esto) convertí el conocido claustro de Alexander Nevski en una residencia para inválidos de guerra. Los monjes opusieron resistencia de forma que se llegó a una pelea armas en mano. Otra vez la prensa armó un gran alboroto contra mí. La Iglesia organizó manifestaciones contra mi acción y me acusó de "hereje"...

Recibí numerosas cartas de amenaza, pero nunca recurrí a la protección militar; iba siempre sola y desarmada y no pensaba en absoluto que pudiera correr algún peligro. Otras cosas mucho más importantes eran las que ocupaban mi atención. En febrero de 1918 fue comisionada a Suecia la primera delegación oficial del Soviet para tratar diversos asuntos sobre economía nacional y política. Como comisario del pueblo yo estaba a la cabeza de esta delegación. Pero nuestro barco naufragó camino a Suecia y logramos ponernos a salvo en las islas Aland, que pertenecían a Finlandia.

Precisamente entonces, la lucha entre finlandeses blancos y rojos atravesaba por su momento más decisivo, mientras el ejército alemán se preparaba contra Finlandia. La misma noche de nuestro naufragio, cuando, muy contentos por habernos salvado, cenábamos en el hotel de la ciudad de Marieham, las tropas blancas aliadas ocuparon las islas Aland. Gracias a una gran firmeza y astucia logramos salir con vida; sin embargo, uno de nuestros partidarios, un joven finlandés fue detenido y fusilado. Nosotros volvimos a Petrogrado, donde se preparaba a toda prisa la evacuación de la capital a Moscú: las tropas alemanas estaban ya ante las puertas de la ciudad.

Ahora comenzaba un periodo oscuro del que no puedo hablar aquí; los sucesos están aún muy recientes en mi recuerdo. Pero llegará el día en que también yo dé cuenta de esto.

En el Partido existían diferencias de opinión. A causa de una diferencia de principios con la política que se estaba llevando a cabo renuncié a mi cargo de comisario del pueblo. Poco a poco, fui relevada también de los otros cargos. De nuevo me dediqué a dar conferencias y a luchar por mis ideas sobre "la nueva mujer" y "la moral nueva" La Revolución estaba en plena actividad. La lucha se tornó cada vez más irreconciliable y sangrienta, y mucho de lo que sucedía no estaba de acuerdo con mis principios. Pero todavía quedaba un trabajo por hacer, lograr la emancipación de la mujer. Las mujeres habían conseguido legalmente todos los derechos, pero, en la realidad, seguían estando oprimidas; tratadas con desigualdad de derechos en la vida familiar, esclavizadas por las innumerables menudencias del hogar, soportando toda la carga, incluso las preocupaciones materiales de la maternidad porque a causa de la guerra y otras circunstancias muchas mujeres estaban solas en la vida.

Cuando, en el otoño de 1918, consagré todas mis energías a la tarea de establecer líneas sistemáticas de orientación para conseguir la emancipación de las mujeres trabajadoras en todos los sectores, encontré un valiosísimo apoyo en el ya desaparecido Sverdlov, que fue el primer presidente del Soviet.

Así, en noviembre de 1918, pudo ser convocado el primer Congreso de trabajadoras y campesinas de Rusia, al que asistieron 1147 delegadas.

Con esto quedaron sentadas las bases para un trabajo planificado en todo el país en pro de la emancipación de las mujeres de la clase trabajadora y campesina. De nuevo, me esperaba una montaña de trabajo. Había que atraer a las mujeres hacia los comedores populares, educarlas para que pudieran emplear sus energías en el cuidado de las residencias para niños y recién nacidos, para la enseñanza, para la reforma del sistema de vida en el hogar y otras cosas. El principal objetivo de todo este trabajo era conseguir realmente la igualdad de derechos de la mujer como elemento productivo en la economía nacional y como ciudadana en el sector político, naturalmente, a condición de que la maternidad fuera considerada como función social y, por tanto, protegida y sustentada por el Estado.

Bajo la dirección del doctor Lebedew las instituciones estatales para la protección de la maternidad alcanzaron un gran desarrollo. Al mismo tiempo y en todo el país, se crearon instituciones que trabajaban en pro de la emancipación de las mujeres y de su participación en el trabajo de los Soviets.

La guerra civil, en el año 1919, me trajo otra vez nuevas tareas. Cuando las tropas blancas intentaban un avance desde el Sur al Norte de Rusia, fui enviada a Ucrania y Crimea, donde primero presté servicios en el ejército como representante del departamento de reconocimiento. Más tarde, hasta la evacuación del gobierno de los Soviets, me nombraron comisaria del pueblo para trabajos de reconocimiento y propaganda en el gobierno ucraniano. Logré sacar a 400 comunistas con un tren especial de la zona amenazada, próxima a Kiev. También en Ucrania hice cuanto me fue posible por el movimiento comunista de las trabajadoras

Una grave enfermedad me apartó por algunos meses del intenso trabajo que me ocupaba. En cuanto pude volver a trabajar –entonces estaba en Moscú– me hice cargo de la dirección de la Central de Mujeres y de nuevo comenzó un

período de intenso trabajo. Se creó un periódico comunista para mujeres y se convocaron congresos y conferencias de trabajadoras. Se establecieron las bases para el trabajo con las mujeres del Este (islamitas). Dos conferencias mundiales de mujeres comunistas tuvieron lugar en Moscú. Fue dictada la ley que eximía de castigo al aborto y fueron introducidas y legalizadas otras muchas disposiciones en favor de las mujeres de nuestra central. Si entonces tuve que escribir muchísimo, aún tuve que hablar mucho más... Nuestro trabajo encontró todo el apoyo de Lenin, y Trotsky, aunque abrumado por el trabajo que le exigían importantes asuntos militares, asistía con gusto a nuestras conferencias. Mujeres con energía y talento, dos de las cuales ya no viven actualmente, sacrificaban a la central toda su fuerza de trabajo.

En el octavo Congreso de los Soviets presenté, como miembro del Comité Ejecutivo (en este momento ya había más mujeres en él) una moción que pedía que los Soviets contribuyeran en todos los sectores a considerar la igualdad de derechos de la mujer y, por consiguiente, a ocuparla en trabajos del Estado y de la comunidad. No sin oposición logré presentar esta moción que después fue aceptada. Esto significó una grande y permanente victoria.

La publicación de mi tesis sobre la *Moral Nueva* originó una encendida discusión, pues nuestra ley soviética sobre el matrimonio, que también estaba separada de la legislación eclesiástica, no es más progresista que las leyes existentes, al respecto, en otros países democráticos y progresistas. Aunque el hijo natural fuera considerado legalmente igual a un niño legítimo el matrimonio civil aún estaba basado en una gran cuota de hipocresía e injusticia en este campo. Cuando se habla de la "inmoralidad" que los bolcheviques propagan, se debían someter a un detallado examen nuestras leyes sobre el matrimonio y entonces se vería que en la cuestión del divorcio no estamos al nivel de Norteamérica y en la cuestión del hijo natural aún no hemos llegado tan lejos como Noruega.

En torno a esta cuestión formé el ala radical del Partido. Mis tesis, mis conceptos sobre la sexualidad y la moral fueron combatidos duramente por muchos camaradas, hombres y mujeres. A esto también se unieron (además de preocupaciones personales y familiares) otras diferencias de opinión en el seno del Partido en relación a las líneas políticas, y así durante el año 1922 pasaron meses sin trabajo productivo. Luego, en el otoño de este mismo año, llegó mi nombramiento oficial como consejero de Delegación de la representación soviética rusa en Noruega. A decir verdad, yo creí que este nombramiento sería puramente formal y que así encontraría tiempo en Noruega para dedicarme a mi trabajo literario. Pero no ocurrió como yo pensaba. El día de mi entrada en funciones, comencé en una línea de trabajo totalmente nueva para mí, que absorbió todas mis energías. Por eso, durante mi actividad diplomática, sólo escribí un artículo. "*¡Abran paso al Eros alado!*", que levantó mucho polvo. También escribí tres novelas² cortas "*Weglder Liebe*" (*Camino del amor*), que aparecieron en la Editorial Malik de Berlín. "*La moral nueva y la clase trabajadora*" y un estudio socioeconómico, "*Situación de la mujer en la evolución de la economía nacional*", fueron escritos en Rusia.³

LOS AÑOS DE TRABAJO DIPLOMÁTICO

En octubre de 1922 me incorporé a mi cargo en Noruega y en enero de 1923 el jefe de Delegación salió de vacaciones, así que tuve que hacerme cargo oficialmente de todos los asuntos de la República Soviética. Poco después fui nombrada, en su lugar, representante de mi país en Noruega. Desde luego, este nombramiento produjo una gran sensación, pues era la primera vez en la Historia que una mujer desempeñaba un cargo oficial, como Ministro delegado. La prensa conservadora y, en particular, la prensa rusa "blanca" estaba indignada e intentó hacer de mí un horror de la inmoralidad y un monstruo sanguinario. Sobre todo, se escribió mucho sobre mis "terribles ideas" en relación con el matrimonio y el amor.

² Véase: "*La Bolchevique Enamorada*" por Alexandra Kollontay

³ Véanse otros textos de Alexandra Kollontay: "*Escritos Políticos (1907-1921)*"

Sin embargo, tengo que resaltar aquí que sólo fue la prensa conservadora la que me recibió en mi nuevo puesto tan groseramente.

En todas las relaciones profesionales que tuve durante los tres años de mi trabajo en Noruega, jamás experimenté el más mínimo indicio de indignación o de desconfianza hacia la capacidad de la mujer. Ciertamente, contribuyó mucho a ello el espíritu sano y democrático del pueblo noruego. Lo cierto es que puedo afirmar que mi trabajo como representante oficial rusa en Noruega jamás se me hizo difícil por mi vinculación al "sexo débil". En relación con mi posición de Ministro delegado tuve que aceptar las obligaciones de un delegado comercial para la representación del comercio nacional de Rusia en Noruega. Ambos trabajos eran para mí naturalmente nuevos en su aspecto peculiar. Sin embargo, me propuse el objetivo de lograr *de jure* el reconocimiento de la Rusia Soviética y de restablecer entre los dos países relaciones comerciales normales, que habían sido interrumpidas por la guerra y la revolución. Comencé el trabajo con gran entusiasmo y las mejores esperanzas. ¡Un espléndido verano y un invierno fecundo en acontecimientos fueron los del año 1923!

Las recién iniciadas relaciones comerciales estaban en pleno apogeo: grano ruso y arenques y pescado noruegos, artículos de madera rusos y papel y celulosa noruegos. El 15 de febrero de 1924. Noruega reconoció *de jure* a la URSS. Fui nombrada encargada de negocios, "chargée d'affaires", e incluida oficialmente en el cuerpo diplomático. En ese momento comenzaron las gestiones para un tratado comercial entre los dos países. Mi vida estaba llena tanto de arduo trabajo como de extraordinarias experiencias.

También tuve que resolver serios problemas en el campo del desarrollo del comercio y de la navegación. Después de algunos meses, en agosto de 1924, fui nombrada "Ministro Plenipotenciario" y con el ceremonial de costumbre presenté al rey de Noruega mis credenciales. Naturalmente, esto dio nuevos motivos a la prensa conservadora de todos los países para echar pestes contra mí.

Jamás había ocurrido que una mujer fuera aceptada en un ceremonial de tan alto rango como ministro plenipotenciario.

El convenio comercial fue concluido en Moscú a fines de 1925 y en febrero refrendé el tratado en Oslo con el Presidente del gabinete, señor I. L. Mowickl. Con esto había cumplido mis tareas en Noruega. Podía acudir al encuentro de nuevo trabajo y nuevos objetivos y, por esta razón, dejé mi puesto en aquel país.

Si algo he conseguido no son mis calificativos personales. Mis estímulos son más que nada un símbolo de que la mujer ya ha avanzado mucho por el camino de su reconocimiento universal. La captación de millones de mujeres para el trabajo productivo, que se desarrolló de una forma particularmente rápida durante la guerra, creó la posibilidad de que una mujer ocupara los puestos políticos y diplomáticos más elevados. A pesar de ello, es evidente que sólo un país de futuro, como la Unión Soviética, podía atreverse a afrontarlo sin ningún prejuicio contra la mujer, a valorar a ésta únicamente por el criterio de su capacidad de trabajo y, por consiguiente, a confiarle tareas de responsabilidad. Sólo los vientos revolucionarios y saludables son los que tienen la fuerza para barrer con los decrépitos prejuicios contra la mujer, sólo una humanidad nueva, el pueblo trabajador y productivo, tiene la capacidad de conseguir la igualdad de derechos y la liberación de la mujer.

En el momento en que doy fin a esta autobiografía, estoy a punto de recibir nuevas tareas, que me supondrán nuevas exigencias...

Estoy convencida de que el objetivo más importante de mi trabajo y de mi vida, en cualquier trabajo que siga desempeñando, seguirá siendo la emancipación de la mujer trabajadora y la creación de las bases para una moral nueva.

A. Kollontay.

Julio de 1926